

Las muchachas de Luis Tejada

Maryluz Vallejo

Al cumplirse cien años de su muerte honramos al llamado Príncipe de los cronistas, el antioqueño Luis Tejada, que hizo de la crónica un juguete poético para desarmar a punta de paradojas, ironía, metáforas audaces y aforismos con la filosofía de andar por casa, preferiblemente echado en la hamaca desde donde lanzaba cargas de profundidad a cuentagotas de tinta. Esta relectura desvela el universo femenino del escritor, diminuto en el conjunto de su obra, pero significativo.

Pocas mujeres aparecen en el repertorio cronístico de Luis Tejada, que sobrepasa el medio millar de columnas en sus escasos años de vida periodística (1917-1924), y podrían clasificarse en tres grupos: las luminarias que eclipsaron su atención, las que hicieron parte de sus círculos cotidianos y las parientes cercanas, a saber: la venerable actriz Sarah Bernhard, recién muerta en París; la también actriz española Alejandrina Caro, que el artista vio actuar en el Teatro Bolívar de Medellín; la bailarina clásica Norka Rouskaya, que se presentó en el Teatro Colón y lo llevó a exaltar la expresión más sublime del movimiento; la chilena Gabriela Mistral, a quien calificó de “el gran poeta de América” (no poetisa, que era la denominación a la usanza); la cantante española Paquita Escribano y la reina de Egipto, Cleopatra, que para él no fue una simple “hembra voluptuosa” ya que tenía el alma fría de un gran político.

En la galería de conocidas figuran Sofía Olano, pero solo porque se iba a desposar con su amigo Joaquín Cano, y Alejandrina, la pitonisa de la calle 22, que aun mugrienta y desdentada estaba en boga entre las clases altas, y hasta una cuadrilla de mujeres delincuentes, atractivas y elegan-

tes, que tenían azotados a los transeúntes y comerciantes de Bogotá, si bien el cronista justifica la delincuencia femenina por la falta de trabajo y de salarios dignos. Entre la parentela están: su madre Isabel Cano (hija de Rodolfo, primo de Fidel, fundador de *El Espectador*); su hermana Belica; su prima, la artista Lucy Tejada, y sus tías maternas, residentes en Medellín, de las cuales María Cano sería “Flor del trabajo” en 1925 cuando ya el sobrino era flor de cementerio.

En general, su percepción estereotipada de la mujer no distaba del espíritu machista de la época, aunque en las soflamas revolucionarias que caracterizaron la última etapa de su producción reclamó para ellas los mismos derechos ciudadanos de los que gozaban los hombres. El último año de su vida se ocupó del salario de la mujer en solidaridad con las obreras de una fábrica de fósforos de Bogotá que entraron a huelga. Así mismo, replicó el llamado de la líder del sufragismo femenino norteamericano, la señora Chatman, a las mujeres suramericanas y aplaudió los proyectos legislativos que se estaban debatiendo en Argentina y Uruguay, a esas alturas de 1923, mientras en el resto de América las mujeres seguían prácticamente en condición de esclavitud.

Quizás ese interés por las mujeres inteligentes y reivindicativas lo despertó su esposa, Julieta Gaviria, quien le “encendió los sesos” y lo llevó a descubrir ese insospechado universo femenino que había retratado con cierto menosprecio. Así lo hizo cuando habló de las “pálidas vírgenes de la ciudad” que adquirirían trenzas rubias o negras importadas, que se habían puesto de moda, para que se deslizaran sobre sus senos; “trenzas falaces” –las llama–, que engañaban a los soñadores. Antes de conocer a su novia Julieta se regodeaba con las veleidades románticas y no dejaba de admirar al sexo opuesto, que juzgaba como deliciosamente caprichoso e ingenuo.

En varias crónicas de su primera época, 1917, comparte unos supuestos requiebros amorosos, que al estar narrados en tono festivo e irónico delatan la impostura del joven enamorado. En la titulada “Las muchachas bonitas y el suicidio” sostiene que “una mujercita bonita, adorable y perversa puede empujarlo a uno a cometer una calaverada mayúscula”. Y con su razonamiento zumbón acusa a las mujeres de ser causantes de muchas desgracias. En concreto se refiere a una chica con ojos de gitana que le robó el corazón, pero luego se enteró de que tenía ¡dos novios!, algo impensable en Pereira. En otra crónica demuestra que el amor es ciego porque se prendó de una “forasterita”, a la que describió ‘en dos plumadas’ así: “es un poquito flacucha y fea, poco más o menos como una escoba vieja; tiene unos ojos atormentadores de vaca agonizante y unos dientes blancos y pulidos de caimán neurasténico [...]”. Y sigue ridiculizando a la pobre criatura, que para colmo se llamaba Casimira, unas líneas más hasta llegar al caminado: “grandes zancadas, como un caballo flaco”.

Pero el poeta de las cosas pequeñas y la poética mayúscula, pertinaz observador del microcosmos femenino, cambia el tono burlesco cuando habla de una pálida muchacha, con los zapatos gastados, que vio mirando embelesada el escaparate de un almacén en la Calle Real. El cronista revolucionario se conmueve ante la imposibilidad de que “*Esa pobre niña*” pudiera comprar alguna de las prendas exhibidas.

“Para que una mujer sea verdaderamente bella debe ser un poco fea”, escribió Tejada con su humor paradójico, más cercano al platonismo que al cinismo, y por ello no dudó en destronar a la Venus de Milo cuya belleza perfecta le horrorizaba. Incluso, en un elogio que le hace al poeta José Asunción Silva insiste en que la belleza no es una cualidad eterna sino circunstancial y por ello la venus mencionada ya no era bella, o al menos no apasionaba.

En su minuciosa exploración filosófica de temas fútiles escribió sobre “El descote”. Según su apotegma, cuando se normalizara mataría la curiosidad en los hombres porque

una mujer inquieta más y es tanto más sensual, cuando más vestida vaya. ¿No habéis sentido nunca el influjo turbador de esas mujeres herméticas, que llevan un velo espeso sobre la faz y las misteriosas manos enguantadas?

Para mayor sorpresa, Tejada se refirió al arte de arreglarse las uñas de los pies y de las manos, válido para los dos géneros, pero recomienda en particular a las féminas mantenerlas cuidadas y traslúcidas para atraer la felicidad. Con la misma vehemencia condenaba a las mujeres que cometían el crimen de “cortarse el cabello alrededor



Germán Benjumea, Sin título, xilografía, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

de la nuca" (desconociendo que el corte a lo *garçon* se imponía).

Haciendo uso de la paradoja, su recurso supremo, escribió en "Sobre el amor y la belleza" que las mujeres bellas no necesariamente eran amadas mientras había feas que inspiraban grandes pasiones, y que las mujeres ingeniosas siempre tenían más

amigos que amantes porque la belleza y el ingenio no eran cualidades absolutamente indispensables para suscitar el amor. Todo para concluir que una mujer puede ser fea, pero si tiene "magnetismo sexual", o sea, una "indefinible racha erótica" triunfará en el amor: "experimentamos casi un choque al mirarlas a los ojos o al rozarles la piel con nuestros dedos" (frase que habrá causado

sofocos entre los y las lectoras). Y agrega con tono sentencioso:

Hasta ahora hemos medido inconscientemente el valor de la mujer por su belleza o su inteligencia, pero ya creo que deberíamos medirlo tomando más bien como base esa “capacidad de amar”, cualidad que se me hace a mí extraordinariamente preciosa.

En esa misma vena psicológica renegó Tejada en “Los retratos” de las fotografías que congelaban la gracia, el espíritu y la belleza de las mujeres amadas. Y va esta oda exaltada:

Ah, el movimiento tiene en ciertas mujeres un sentido místico y recóndito, un no sé qué trascendente que las incorpora más visiblemente que a todos los otros seres al ritmo del mundo, que hace sensibles en ellas de un modo singular la armonía inefable del Universo.

Ese movimiento volvió a ser tema en “La bailarina”, “la muchacha fea, con una feúrra verdadera y doliente, que le granjeaba el desprecio de los hombres”. Pero una vez subida en las tablas del café se transformaba al punto de parecer arrancada de un cuadro alucinante de Degas, “porque el movimiento vivifica y hermosea la materia”.

Hay que abonarle a Tejada, el descreído del amor, el largo viaje que se echó a caballo hasta Pereira para casarse el 6 de septiembre de 1922 con su novia y llevarla a vivir a Bogotá, a una pensión misérrima en el centro, epicentro de la bohemia. Él, que había renegado del vínculo conyugal en varias crónicas y que se mofó de su ídolo Anatole France y de su amigo José Mar por haber contraído matrimonio –como se contrae un virus–, mudó de parecer para convertirse en el marido más devoto. Por su parte, Julieta Gaviria, además de ser musa, se vol-

vió su secretaria, la que copiaba los textos al dictado porque a él le daba pereza sentarse a escribir y despegar la mano de su pipa. Parecida pipa a la adherida a la boca de Luis Vidales, carnal de Tejada desde que se cruzaron en la calle y el cronista supo que el poeta era primo hermano de su esposa.

Julieta, a quien admiró por su talento y su fuerza, y en quien debió intuir esa “indefinible racha erótica”, derrumbó sus prejuicios machistas y el amor sobrevivió a no pocas pruebas en el breve tiempo que vivieron juntos. Primero, la de la pobreza franciscana, con varios meses de arriendo atrasados, algunas veces sin dinero para comer ni para tabaco, pero ellos distraían sus afugias conversando. Segundo, la pérdida de su primogénito, que esperaban con emoción, pero nació muerto. Meses después, Tejada falleció en Girardot, a los 26 años, de tuberculosis y de poesía “como la poeta Marie Barkischeff” –al decir de Eduardo Caballero Calderón– y Julieta reviviría el luto. Agonizante, la eterna viuda le dijo a Adel López Gómez, amigo de la entraña, que esos dos años con Luis Tejada fueron los más venturosos de su vida. A su muerte, ocurrida en 1946 en Cartago, podrían haberle puesto este epitafio tejadiano: “Quedé empezada”.

Maryluz Vallejo. Periodista cultural, investigadora y escritora. Comunicadora social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana y doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Profesora de periodismo en las universidades de Antioquia y Javeriana. Ha publicado *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia 1880–1980*, *Xenofobia al rojo vivo en Colombia* y *Eduardo Santos. Estrictamente confidencial*, entre otros.